



LA RAZÓN HISTÓRICA. Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas. ISSN 1989-2659

La Reforma social de Frédéric Le Play. Presupuestos de una sociología conservadora.

Sergio Fernández Riquelme.

Historiador y Doctor en Política social. Universidad de Murcia.

Resumen. La ciencia social es, cuando menos, plural. Frente a consensos académicos sobre ciertos paradigmas materialistas o positivistas ideológicamente autodefinidos como progresistas, o sobre determinadas interpretaciones funcionales o existenciales al uso, existe una realidad metodológica y doctrinal fundada en presupuestos que podemos denominar como conservadores, de fundamentos históricos sólidos y notable validez actual. Frédéric Le Play aparece, en este sentido, como el máximo exponente de este paradigma conservador, tanto en su origen como en sus proyecciones ulteriores. Por ello, en este artículo esbozamos algunos de los rasgos de su Reforma social, alternativa declarada a las revoluciones destructoras, capaz de ligar el análisis sociológico cualitativo (estadístico) y cualitativo (moral) con una propuesta político-social con la Familia como célula social básica en el desarrollo comunitario.

Palabras clave: conservador, reforma social, sociología.

Introducción.

Pierre-Guillaume Frédéric le Play [1806-1882] es uno de los padres de la sociología. A su nacimiento colaboró, decisivamente, a través de una metodología de observación directa de la realidad socioeconómica de los obreros europeos y sus familias en el desarrollo de la industrialización en el siglo XIX. Y de manera

pionera, superando el componente ideológico de la democracia social saint-simoniana y de los “socialistas utópicos” (Fernández Riquelme, 2008), marcó la unidad entre teoría y práctica de esta ciencia mediante el desarrollo de la primera Política social contemporánea. Pero en su debe se encuentra, además, haber centrado el paradigma en las verdades ligadas a la tradición y la familia, factores de explicación del progreso humano, tanto en las transformaciones acaecidas como en los problemas generados. Así se le define como el exponente más destacado de la tendencia conservadora de la ciencia social; ahora bien, un adjetivo subrayado recurrentemente por los paradigmas antes citados, más bien como menoscabo de su objetiva trascendencia científica que como ingrediente de su trabajo.

Le Play fue ciertamente conservador, y con ello, opuesto moral y racionalmente a las veleidades de transformación ideológica que los distintos movimientos revolucionarios de su tiempo quisieron hacer realidad. Por ello, sus estudios sociológicos y su propuesta de *Reforma social* pueden ser integrados en el plural movimiento político y cultural conservador nacido en el siglo XIX; un movimiento en busca de las claves para sintetizar el legado de la tradición y las exigencias de la modernidad frente a las citadas pretensiones transformadoras de las ideologías radicales en el *novecientos*. Una reacción que significó, historiográficamente, el nacimiento de un moderno universo doctrinal conservador (*vulgarmente* denominado como “derecha”), ligado a la progresiva adecuación del mundo político tradicional a las exigencias del cambio histórico acaecido con el impacto de la revolución industrial y sus mutaciones político-sociales asociadas.

Tras la fallida, y trágica, experiencia de los girondinos franceses, y la incompleta contrarrevolución europea de Klemens von Metternich [1773-1859], amplios sectores del pensamiento tradicional (legitimista) fueron asumiendo, de manera diferente según su propia realidad nacional, la inevitable misión de asumir la gran transformación contemporánea, buscando como ligar sus ideales de partida al cambio político (asunción del Estado nacional y valoración de la democracia limitada) y el económico (valorando el Capitalismo liberal o estatal). Quizás la sombra de Edmund Burke [1729-1797]¹ en el mundo anglosajón, y la de François-René de Chateaubriand [1768-1848] en el mundo continental, marcaron el camino.

Dentro del “universo conservador”, Le Play puede aparecer como máximo exponente de esta línea de pensamiento y acción en el plano político-social durante el siglo XIX. Ante las nacientes sociedades liberales decimonónicas,

¹ Véase la tesis de Honderich (1993) al respecto.

industrializadas y urbanizadas a pasos acelerados, participó de manera protagonista en los debates y propuestas de las primeras fases de la ciencia social europea, y del propio proceso de nacimiento de la Política social contemporánea. Se convirtió en la línea alternativa al positivismo ideológico de su coetáneo Auguste Comte [1798-1857]. Así se significó como exponente, pues, de la participación, siquiera decisiva, de diversas líneas declaradamente conservadoras (que asumían plenamente el nacionalismo, más allá del romanticismo liberal, y el estatismo, no siempre de manera diferenciada del naciente socialismo), en la acción primigenia ante la *Cuestión social*. Le Play, como otros intelectuales y reformadores sociales, católicos y protestantes, cercanos al liberalismo o ligados al tradicionalismo, nos demuestra la realidad y justicia de la respuesta social conservadora. Nos lo recuerda, asimismo, la obra imprescindible de Lorenz von Stein [1815-1890], o la labor legislativa del mismo canciller Otto von Bismarck [1815-1898]. Y en este sentido Le Play aportó una pionera construcción de la ciencia social, como instrumento para conocer y solucionar, desde las “primeras verdades”, los problemas generados por el capitalismo industrial; con ello, y de manera singular, nos presenta un paradigma metodológico e interpretativo decisivo, a nuestro parecer, para la comprensión de los retos de la nueva Cuestión social del siglo XXI, en especial por los no tan sorprendentes paralelismos entre tiempos históricos, el suyo y el nuestro, quizás no desconectados moralmente².

Pero Le Play desapareció del manual. Acabado su tiempo histórico, el legado metodológico y doctrinal del francés quedó al margen de las líneas maestras de la ciencia social. Su reforma cayó en, inicialmente, en desgracia ante las grandes dialécticas ideológicas del siglo XX; posteriormente, se oscureció ante la lucha entre los totalitarismos sociales contemporáneos; y finalmente, al alba del tercer milenio, continuaba como *outsider* frente a aquellas interpretaciones marcadas por los grandes paradigmas triunfantes en nuestra era contemporánea: el positivismo comteano y el materialismo marxista. Ambos paradigmas, deudores de dogmas muy consistentes ideológicamente y de amplio, y casi exclusivo, reconocimiento académico, han marcado el camino; deciden qué estudiar y como estudiarlo, y ligan el análisis no solo a una mera comprensión y divulgación, sino a una militante aplicación práctica: la transformación social. Por ello, Le Play ocupa un lugar ciertamente marginal en la genealogía de la disciplina, siendo subrayada más su legítima ascendencia conservadora y católica, que sus evidentes logros, pioneros cuando menos, en la génesis de la misma sociología. Le Play desarrolló un modelo

² Los estudios más completos y amplios sobre la obra y vida de Le Play en español los encontramos en la obra del profesor José Ignacio Garrigós Moneris (2002a; 2002b; 2003a; 2003b).

científico de análisis de la constitución social, ligado a un paradigma de reforma comunitaria, que situaba a la Familia como el objeto de estudio empírico y el centro de la intervención pública; la realidad social se demostraba, para el francés, en el trabajo de campo con las comunidades naturales, en la observación directa, cercana con las familias. Y así, la Reforma social de Le Play surgía necesariamente como reacción moderada a las tesis revolucionarias que pretendían convertir a la ciencia social en medio de transformación ideológica de la sociedad de su tiempo; la adaptación equilibrada entre tradición y modernidad se situaba en su obra como la clave del progreso. Ésta fue, posiblemente, la causa de su olvido; pero parece resurgir, actualmente, como paradigma de referencia para el desarrollo social presente.

1. El ingeniero. *El signo de los tiempos.*

La Play nació para ser ingeniero. La generación heredera de la Ilustración, y estandarte de la nueva época revolucionaria, debía poner las bases materiales para diseñar una nueva sociedad en Francia y en Europa. Todos sus esfuerzos iniciales fueron encaminados a este objetivo, desarrollando una amplia y brillante formación, primero en la *École Polytechnique* y finalmente en la *École des Mines*. Por ello, su carrera fue meteórica en este campo: fue nombrado secretario del comité permanente de estadística minera en 1834, y en 1848 alcanzó el puesto de profesor de metalurgia e inspector de esta última institución. Asimismo, y como señala Garrigós, durante los años treinta (la época del reinado de Luis Felipe), Le Play se “*presenta a la sociedad*” de la mano de su amigo el filósofo social Jean Reynaud [1806-1863], como intelectual y profesional destacado en el mundo de desarrollo industrial y social en los “*salones parisinos*”; entrando en política en la línea liberal marcada por Alexis de Tocqueville [1805-1859] y el vizconde Victor Ambroise de Lanjuinais [1802-1869], y debatiendo con figuras de la época como François Arago, Carnot, Lanjuinais, Sainte-Beuve, Thiers o Agénor de Gasparin (Garrigós, 2003a: 137-138).

Pero al igual que Comte, Le Play y otros muchos alumnos de la Escuela politécnica de París, devinieron progresivamente en reformadores sociales. Al entrar en contacto con los seguidores de Henri de Saint-Simon [1760-1825], el gran pensador social del momento, fueron comprendiendo que el avance técnico acelerado del momento histórico debía tener una “función social”; la misión positiva de generar una ciencia social capaz de hacer frente a los problemas

morales y materiales que la misma industrialización generaba. Comenzó, pues, a dar sus primeros cursos privados sobre estas materias en 1829, como Comte, a la vez que inició sus trabajos de campo sobre las condiciones de vida de los obreros. Trabajos fundados en su primera visión de la ciencia social, la cual debía partir de la observación sistemática de los hechos colectivos según un método inductivo, combinándola con la concepción de los mismos, para generalizar los resultados después de establecer las comparaciones. Nació la ciencia sociológica como auténtica “ingeniería social”.

Ahora bien, Le Play se fue distanciando de sus maestros, tras años de recibir y recitar un *cientifismo positivista* ajeno a toda repercusión moral, falsamente opuesto a la realidad comunitaria, rural o nacional de su país, y después de varios viajes por el viejo Continente (España en 1833, Gran Bretaña en 1836, Rusia en 1837). Le Play comenzó a desarrollar su faceta sociológica, que en 1855 tuvo ya diseñada. Su fama como ingeniero de primer nivel le permitió conocer directamente las condiciones de trabajo en Europa, siendo incluso invitado por el zar Nicolás I [1796-1855] a preparar una reforma global de zona minera de Donetsk (Goyau, 1911). Dos regiones, Orteby en Suecia y los Urales en Rusia, le mostraron directamente la persistencia las formas tradicionales-comunitarias de bienestar y orden que el individualismo de la Revolución francesa había proclamado desterrar; y que le recordaban los testimonios de aquellos pequeños propietarios agrícolas y artesanos franceses antes de la gran convulsión de 1789. La familia era el núcleo social básico, los obreros eran dueños de sus pequeñas propiedades, y existía una concepción jerárquica de la autoridad. Y a esta empresa se dedicó, tanto en el plano empírico (sociología) como en el práctico (Política social).

En primer lugar, sobre este mundo comenzó a perfilar su “*método de observación*” sociológico, centrado en la familia como eje, y en sus tipos como reflejo de modos de vida uniforme y costumbres persistentes. La familia, y no el mero individuo, le permitía conocer y comparar las realidades sociales de un mundo en trance de industrialización y urbanización. Las convulsiones de la *Revolución social* de 1848, y varios viajes más a Turquía, Alemania y Austria, le impelieron a abandonar su carrera de ingeniero y volcarse en el sistema social, analizando primero las consecuencias vitales y éticas del desarrollo industrial en las clases obreras, y después, recogiendo sistemáticamente gran cantidad de datos sobre las condiciones sociales y económicas de las mismas en Francia y el resto de Europa (Arnault, 1985). Le Play renunció su puesto en la *École des Mines*. Su vocación

social se hizo posible con el apoyo que le dio la *Academia de Ciencias morales* a este trabajo de investigación, de gran impacto mediático, sobre las familias obreras. Además llamó la atención de Napoleón III [1808-1873], que le apoyó en su línea de trabajo y le presentó como uno de los soportes intelectuales del régimen.

Así publicó en 1855 el texto ya anunciado, *Les Ouvriers européens*, conjunto de 36 monografías sobre el presupuesto familiar típico de un amplio conjunto de situaciones laborales en el Viejo continente. Galardonado ese mismo año con el Premio Montyon de la *Académie des Sciences*, creó en 1856 la *Société internationale des études pratiques d'économie sociale*, institución destinada a la sistematización y difusión de estudios sociales (Garrigós 2003b).

Y en segundo lugar, abordó la fundamentación de una Política social ligada inicialmente a la línea católico-liberal de Charles de Montalembert [1810-1870] y su revista *Le Correspondant*, y consagrada a restablecer la “*paz social*” en Francia, especialmente tras la amenaza revolucionaria, real o potencial, surgida en 1848. Pero que en segunda instancia asumió los postulados del naciente Magisterio social de León XIII [1810-1903]. Así se concretó en sus obras *La Réforme sociale* de 1864 y *L'Organisation de la famille* de 1871, y en la fundación de la revista *La Réforme sociale* en 1881. Finalmente, su labor política le llevó a ser elegido por Napoleón III como Consejero de Estado, nombrado miembro de la Legión de Honor y Senador imperial (1867), siendo responsable de la organización de las Exposiciones universales de 1855 y 1867. Su paradigma sociológico, que veremos a continuación, fue dominante en los ambientes no universitarios hasta la implantación de la III República. Para Gravagnuolo, Le Play es “*el heredero del filón de pensamiento caritativo cristiano que juega en Francia un papel decisivo sobre las malsanas condiciones de habitación de las capas pobres y sus posibles remedios*”, sustituyendo la tecnocracia corporativa de Saint-Simon por la “*mística del arraigo de obrero a la tierra mediante la propiedad de una casa familia con huerto*” (Gravagnuolo, 1998: 70). Con la caída del Imperio fue apartado de los círculos de poder, pero siguió desarrollando su trabajo a través de la *École de Voyages* con sus dos primeros discípulos, Edmond Demolins [1852-1907] y Henri de Tourville [1842-1903].

La observación de los distintos tipos de ocupaciones y su conceptualización demostraba que las conductas de los trabajadores se comprendían en el interior de un contexto institucional (gremial y familiar) en el que estaban integrados. La desaparición de este contexto como el referente vital, el educador moral y la base central de las relaciones sociales del individuo, traía consigo el desorden y la

inestabilidad colectiva. La felicidad del ser humano dependía, pues, de una familia con una fortaleza moral y unos recursos de subsistencia suficientes, integrando a sus miembros en un orden social más amplio, un hogar digno y unas relaciones de trabajo estables. Había encontrado la clave: el estudio minucioso y la observación directa de esa relación íntima con las poblaciones y los lugares, para conocer real y fielmente los problemas sociales.

La industrialización, con sus nuevas y duras condiciones de trabajo, estableció formas de vivir y convivir diferentes que afectaban a la familia tradicional, al dar lugar a formas familiares atomizadas y débiles que se demostraban impotentes para ejercer fielmente las antiguas funciones económicas y socializadoras, los valores morales y las tareas educativas de la “*célula social básica*”. Ante esta situación, Le Play demostró la posibilidad de la unidad entre teoría y práctica, entre doctrina y método (Garayo, 2001: 42-43), ante la necesidad, y posibilidad, de proteger y promover al trabajador mediante una legislación socio-laboral centrada en reconocer a la familia como el núcleo de la misma acción social.

2. El sociólogo. *El método científico.*

Le Play se convirtió en sociólogo, quizás el primero. Su método de análisis sociológico era meridianamente claro y la obra citada de 1855 le situó en la primera plana de la naciente sociología. La “*observación directa de los hechos sociales*” minuciosa y sistemática (décadas antes de las popularizadas tesis al respecto de Émile Durkheim [1858-1917]), era el principio clave para conocer la realidad social, no desde ideas preconcebidas sino como “*acción regular*”. Así llegó a definir la ciencia social como:

“El conjunto de los conocimientos que muestran cómo las sociedades se aseguran el bienestar fundado sobre la paz y la estabilidad” (Le Play, 1877-79, p. 475).

Alejado del dominante *catecismo industrial* de Saint-Simon, Le Play fundamentó su método, como es lógico, desde su primera formación en Ingeniería, y como era inevitable en este sentido, influido por las enseñanzas del matemático y pensador social Lambert Adolphe Jacques Quételet [1796-1874] y su paradigma de *l’homme type*. Así, como transposición no tan simple del sistema experimental de las ciencias naturales, esbozó su primer esquema: estudio monográfico, comparación

y generalización de las clases prototípicas sobre las que se organizaba la colectividad (Garrigós, 2003b).

Por ello, y tras conocer de primera mano la realidad material y moral de los obreros europeos en sus viajes de trabajo, su primera gran obra de los mismos (sobre 36 monografías en 1855, y sobre 57 en la segunda edición de 1877-1879) estudiaba al obrero desde una doble tipología: tipo de trabajador por tipo de sociedad. A partir de esta base científica, Le Play generalizaba desde el caso individual estudiado a la categoría que le representaba, y elaboraba desde ella tanto una teoría empírica sobre la diferenciación institucional de las organizaciones sociales como una teoría normativa del orden social. Frente a la *“sociología filosófica al estilo Comte”*, para Goldthorpe planteaba *“la observación minuciosa y constante de los fenómenos de interés”*, centrados en la observación y entrevista de las ocupaciones y vida familiar de los trabajadores desde *“información de primera mano recogida por investigadores adecuadamente entrenados”*; pero no solo sus condiciones físicas, los recursos económicos o sus presupuestos familiares, sino fundamentalmente *“sus historias de vida, aspiraciones, creencias y valores morales”* (Goldthorpe, 2010: 101-102).

Este primer estudio sociológico, trasunto como hemos señalado de la aplicación de su formación en Ingeniería y Minería, planteaba: a) el estudio comparativo de las condiciones de trabajo, la vida doméstica y la condición moral de la población europea; b) la exposición de un método de observación de dicha realidad y de recolección sistemática de los datos obtenidos de las misma (Le Play, 1855). Pero no solo de sus conocidos mineros, sino de los primeros trabajadores fabriles o de corporaciones como las de los carpinteros del Sena (Le Play y Focillon, 1857), o los fontaneros y vidrieros de Saboya y Cerdeña (Le Play, 1858). Una realidad y un método con un objetivo también claro: alcanzar la *“paz social”* en un contexto de crisis nacional. Asimismo, su paradigma sociológico abordó una las dimensiones centrales de la realidad social, de la vida en comunidad: el mundo rural. Por ello analizó la existencia moral y material, desde la observación directa, presencial, de las comunidades rurales de Hautes-Pyrénées (Francia) en su sistema de trabajo y sus formas de propiedad (Le Play, 1857).

La observación, la recogida estadística y le análisis comparativo de las condiciones de vida de los obreros, era el paso previo para protegerles. Ante los efectos provocados por los cambios trascendentales que acarrea la transformación industrial, demostraba como la Familia y los valores tradicionales que solo ella podía contener, suponían el mejor sistema de protección solidaria. Por ello, en todo

momento fue la Familia el objeto de cualquier análisis sociológico. Su metodología inicial de observación sobre la Familia se concretaba en la citada *Instruction sur la méthode d'observation* de manera concreta (Le Play, 1862), y se planteaba como el medio de fundamentación de sus propuestas de reforma social; comparando el bienestar moral y material de las mismas en Europa, y sus diversas formas de organización en mundo (Le Play, 1871), se podrían extraer fortalezas y debilidades de la Francia de su tiempo (Le Play, 1864). La Ley natural enraizada en la vida comunitaria, ante un positivismo abstracto, se demostraba el fundamento de la constitución política y la paz social (Le Play, 1875a), y el criterio para toda metodología experimental en ciencias sociales (Le Play 1875b). La comparación entre naciones llevaron a Le Play a establecer la categoría de la “*medida de la civilización*”. Frente a la tradición estable de los países orientales, en Occidente la historia demostraba un *esprit d'innovation* que llevaba a un progreso continuo hacia la prosperidad (Le Play, 1855: 282).

Ésta era la base de la sociología, a la que definía como Estadística moral. Afirmaba así, en referencia a uno de sus estudios, que “*he aplicado a la observación de las sociedades humanas unas reglas análogas a las que habían orientado mi espíritu hacia el estudio de los minerales y de las plantas*”. De esta manera todos los actos que constituían la existencia de una familia, como base de la sociedad a analizar, se centraban en primer lugar en la valoración de los ingresos y gastos presupuesto familiar (el “*valor reunido del gasto y del ahorro*”).

Conocer completamente a la familia era comprender realmente a la sociedad. Su bienestar físico y moral era reflejo del colectivo. Se debía partir de las observaciones preliminares que definen la condición de los diversos miembros de la familia (descripción del lugar, de la organización industrial y de la familia, desde la situación civil hasta la religión y hábitos morales), sus medios de vida (propiedad, subvenciones y actividades), sus modos de vida (desde el alimento hasta las diversiones), su historia familia (fases de existencia, costumbres), el presupuesto anual (gastos e ingresos), y los elementos diversos de la constitución social (elementos de estabilidad, caracteres distintivos, sentimientos comunitarios, características generales de la propiedad y valor de la propiedad comunal y del patronazgo individual). Todo ello en relación con los medios de Bienestar social y de protección para los trabajadores, obreros y campesinos (Le Play, Sierra y Domínguez, 1990).

A nivel cuantitativo la observación sociológica llevaba paralelo el estudio y recopilación estadística de la actividad humana. Aplicando su formación científico-

natural la ciencia social debía contemplar ambas dimensiones: las creaciones materiales y las creaciones del espíritu:

“El progreso de las sociedades está fundamentado en el empleo simultáneo de dos facultades del espíritu humano, la experiencia y el razonamiento. Los debates que a menudo se han mantenido acerca de la superioridad relativa del método experimental y del método analítico descansan, según nosotros, sobre una falsa base que admite que esas dos grandes palancas de la humanidad no pudieran nunca ser empleadas independientemente la una de la otra” (Le Play, 2006: 337).

La primera hacía referencia a la política o *“gobierno de los Estados”*; disciplina que *“es el alma o la parte teórica, intelectual, racional de la ciencia”*. La segunda a la estadística o ciencia del *“cuerpo social”*, la *“parte práctica, material, experimental”* dedicada a la observación de los hechos de la sociedad para hacer con fruto la acción de la actividad política. Por ello, la estadística o ciencia social abordaba los hechos sociales que preocupaban al *“hombre de Estado”*, aquellos determinados por *“la naturaleza de las costumbres y de los intereses que presiden los destinos de cada nación”*; en este caso los de una nueva época presidida por *“los intereses del comercio y de la industria”*. Una ciencia práctica que debía ir, pues, paralela al plan político uniendo *“el cuerpo al espíritu”*, y agrupando los *“resultados según su importancia y su utilidad”* (Le Play, 2006: 337-338). La estadística nacional, sistemática y comparativa, era una necesidad del poder político para conocer y actuar sobre las actividades humanas consideradas como básicas o prioritarias para su país.

Actuación de las corporaciones, información a través de encuesta, gestión de la administración, medios de observación, dirección política e influencia moral del gobierno, participación del cuerpo social. Beneficios de esta estadística como *“excelente medida de su sabiduría y del progreso”*; por ello, definida su identidad y rango el conjunto de disciplinas y con centros de estudios sólidos, podía contribuir eficazmente al progreso moral y material de la ciencia política al comunicar hechos auténticos. *“Grandes hombres”* habían creado un nuevo orden social, pero no habían *“prevenido grandes desgracias para la humanidad y ahorrado al país los esfuerzos largos”* (Le Play, 2006: 338-339).

La información sobre la sociedad fundamentaba *“las reglas eternas de justicia que ellos han hecho prevalecer en el derecho y en la política, y de donde un día saldrán,*

hay que esperarlo, la grandeza de Francia y la felicidad del mundo". Permitía conocer y contrastar, para el progreso nacional, los "errores graves de filosofía y de historia, y sobre todo la ignorancia de los hechos que debían servir de base a la nueva sociedad". Ayudaba, pues, a que "la tarea de la generación actual sería mucho menos penosa", ya que el gobierno se preocuparía realmente "de las costumbres y de los intereses" de la nación, de la verdadera constitución del "edificio social", más allá de doctrina limitadas por observaciones inexactas o incompletas, o de constantes revoluciones. Así como ejemplo señalaba que:

"Si el edificio social legado por la antigua monarquía hubiera sido mejor conocido en 1789, los hombres eminentes que comenzaron nuestra revolución le hubieran impreso ciertamente otra dirección. Si la Francia de hoy fuera mejor conocida por nuestros hombres de Estado, si se hicieran una idea más acertada del estado social de las naciones con las cuales Francia mantiene relaciones, no tendríamos ante los ojos el triste espectáculo al cual asistimos" (Le Play, 2006: 340-341).

Una estadística que incidía en la existencia de procedimientos de certeza sobre las doctrinas que más interesan a la felicidad del hombre; procesos fundados en la misma razón humana. Ante "las numerosas enfermedades que socavan el cuerpo social", la estadística demuestra su eficacia como remedio, que el gobierno puede y debe utilizar. Frente a las pasiones y los vicios de la política, la ciencia social como estadística aportaba los progresos de la experiencia y de la razón. La observación certera de los hechos del cuerpo social, especialmente si alcanzaba su perfección y ocupara el papel requerido, tendría como misión ayuda al arte de gobernar, a la armonía de las tareas políticas, "cuando los hechos hayan sido puestos en evidencia de tal manera, que a hombres instruidos no les sea ya posible ignorar ningún hecho importante, ni a hombres razonables manifestar dos juicios diferentes sobre el mismo hecho" (Le Play, 2006: 341-342).

El orden social necesario para un país partía de que todas las funciones fueran clasificadas educativa y profesionalmente, ejercidas por "los más preparados", y dirigidas por un gobierno suficientemente informado. Pero las revoluciones habían sustituido los viejos mecanismos de gobierno y a las antiguas elites por nuevas fórmulas y generaciones, dotadas de "soberanía" pero no de experiencia para "cosa pública". Por ello se hacía imprescindible la estadística nacional, para superar los problemas de los cambios políticos bruscos, como los ocurridos en Francia en las

últimas décadas, preparando suficientemente a los líderes emergentes para cumplir con sus nuevos deberes (Le Play, 2006: 343-345).

Era imprescindible conocer los “*modos esenciales de actividad de la sociedad en el seno de la cual es llamado a vivir*”, para el oficio de gobernar, para el legislador, para el profesional liberal, para el industrial, para las clases medias y para el alumno en la escuela. Por ello, crear una estadística nacional desde el Estado, tan útil como necesaria, “*es un gran paso a la educación política del país*” y para “*la consolidación del nuevo orden social*”; para ello había que destinar la capacidad, los recursos y el talento de:

“un conjunto de hombres convenientemente escogidos, y entre los cuales necesariamente figurarían las personas que, en nuestras diversas administraciones, ya se ocupan con éxito de este tipo de investigaciones o de los estudios generales que se relacionan con ellas” (Le Play, 2006: 346-348).

A nivel cualitativo, la ciencia social de Le Play mostraba una dimensión moral fundamental. La tendencia histórica en Occidente conllevaba un desarrollo hacia una libertad individual más amplia, y hacia el progreso de las condiciones de los trabajadores. Pero dicha tendencia, presidida la industrialización y la urbanización, generaba una serie de “*males sociales*” (desigualdad e injusticia, pauperismo e inseguridad) que era preciso abordar, no solo por sus consecuencias materiales, sino especialmente por el impacto en la cohesión moral de la comunidad. Males que suponían una desviación accidental de los principios conservadores de una sociedad, ante los cuales, si no se oponía una reforma social, llevarían a males mayores. La sociología se convertía, en este sentido, en una ciencia práctica que conocía el beneficio de las comunidades tradicionales, y mostraba sus bondades podía evitar las revueltas sociales derivadas de los males de la nueva sociedad compleja. En el pasado estaba la lección y el ejemplo para encauzar el progreso; el estudio de las colectividades aún tradicionales lo demostraba (Le Play, 1855: 282-284).

La concreción analítica, el estudio comparativo, el método empírico de recolección de datos, el papel central de la Familia, y la reforma social. Claves que serán desarrolladas por diferentes discípulos y deudores teóricos, algunos con su misma formación previa en ingeniería, como Adolphe Focillon [1823-1890], Alexis Delaire [1836-1915], Émile Cheysson [1836-1910], Claudio Jannet [1844-1894], Victor Brants [1854-1917] o Léon Gérin [1863-1951].

3. El reformista. *La contrarrevolución social.*

La toma de la Bastilla en 1789, la caída de la Monarquía de Julio en 1830, la revolución social de 1848, la Comuna de París en 1871. Cuatro hitos de una revolución ideológica que pretendía cambiar la faz de Francia y de Europa para siempre, y que parecía, ante los estragos de la naciente *Cuestión social* (el popularizado como “problema obrero”), cómo inevitable. Pero este fenómeno, enraizado en la filosofía ilustrada y diseminado en el imaginario colectivo de una generación en el Viejo Continente, mostraba la incapacidad del mismo en asumir que la tendencia histórica del progresivo crecimiento de la libertad individual podía ser gradual, respetando el legado del pasado y proyectando la armonía social en el futuro; sus obras solo evidenciaban la destrucción radical de la prosperidad y paz de una civilización.

Frente a la revolución destructora, la reforma moderada. Le Play demostraba en sus estudios sociológicos que existía una alternativa reformista eficaz y contrastada; una opción contrarrevolucionaria, definida como *Reforma social*, capaz de ligar el progreso y la tradición, vincular la libertad y la responsabilidad, aunar libertad y comunidad. Como señala Garaya, elevó a categoría científica las teorías moralistas de Bonald y Maistre, superando el estricto contexto religioso-tradicionalista al modernizar el discurso social conservador mediante la aceptación matizada del pensamiento liberal y del naciente catolicismo social (Garayo, 2001). Y para Aunós la Política social de Le Play se podía definir como “*patronalismo*”, al partir de de la subordinación de lo político a lo ético, y de la interacción entre ciencia positiva y religión, ya que “*las intervenciones del Estado deben ser muy espaciadas, concretas y llenas de circunscripción, mostrándose igualmente pesimista en lo que se refiere al papel que han de desempeñar las asociaciones de clase*”, junto con la importancia del trabajo doméstico, la función social de la familia y la conciliación sociolaboral (Fernández Riquelme, 2007: 70).

Su obra sociológica, siquiera conservadora o *paternaliste*, alcanzaba su proyección práctica. Así, Le Play elaboró un modelo de Política social que aquí definimos como “contrarrevolucionario” no por ciertas conexiones doctrinales con los tradicionalistas Joseph de Maistre [1753-1821] o Louis de Bonald [1754-1840], ni por ciertas proyecciones posteriores en regímenes autoritarios. Su contrarrevolución político-social aspiraba a generar un dique reformista ante los citados episodios revolucionarios que cuestionaban el imprescindible equilibrio

entre tradición y modernidad. Por ello, atendía a la *Justicia social* reclamando el reconocimiento jurídico-político de los derechos básicos del obrero que tan bien conocía; buscaba el *Bienestar social* recuperando el papel central de la Familia como medio de protección social completo y real; y hacía frente al *Orden social* promoviendo el respeto a la autoridad moral de la jerarquía, el mérito, la familia y la religión. Como consejero de Estado de Napoleón III, buscará implementar legislativamente sus propuestas y apoyar una elite social capaz de estudiar e intervenir contrarrevolucionariamente la Cuestión social. Pero esta posición, clara y fundamentada, le llevó, pese a su indudable primogenitura metodológica, a un papel secundario en la historia del pensamiento social contemporáneo, ante el triunfo de la militancia en los paradigmas positivistas o materialistas. Ser católico y conservador en la III República tenía su precio³.

La revolución parecía haber triunfado. La política hablaba de democracias liberales o sociales radicalmente nuevas; la cultura dejaba la tradición y la familia como cuerpos extraños al progreso ideológico; y la sociología proclamaba una convivencia novedosa ligada a los prodigios técnicos. Una revolución que utilizaba para sus intereses los graves problemas materiales y morales de la industrialización (la *Cuestión social*), de manera ajena a las verdades tradicionales, y ligada al crecimiento de la burocracia estatista, la corrupción del lenguaje (libertad irreal, falsa igualdad, democracia pervertida), o la propaganda sobre la ligazón de la prosperidad a una forma particular de gobierno. Frente a ella, se alzaba la *Reforma social* que, a través de *L'École de la paix sociale*, debía comprender los errores del *ancien régime* para retornar a la verdad de la comunidad (Le Play, 1878).

En primer lugar, Le Play abordaba los efectos de *revolución industrial*. Para ello comprobó directamente los efectos de disgregación y pobreza difundidos por ciertas prácticas individualismo liberal y mercantilista erigido tras la *Ley Le Chapelier*. De esta manera, su reforma partía de la valiosa experiencia del pasado, de la tradición que ligaba al hombre con la comunidad, que lo vinculaba con la tierra y con el gremio. Había sido la garantía del éxito del desarrollo de la civilización occidental; se demostraba en la Historia y en la actualidad, y por ello había que reconocer y defender su legado. Pero su valoración de la tradición y de la autoridad, de su régimen político y su orden social, no suponía una ucronía medievalista; no había vuelta atrás. Era, básicamente, subrayar el ejemplo de los

³ Sobre la limitación interesada de su obra véase el estudio de Tarcísio Rodrigues Botelho (2002).

principios morales esenciales para el desarrollo social, y la necesidad de conservarlos ante el olvido momentáneo en la vorágine del progreso. El cambio era inevitable en lo material, pero debía siempre respetar las tradiciones nacionales; frente al progreso abstracto proclamado por la Ilustración, la libertad y la igualdad solo eran reales, y no solo dogmas formales, cuando iban ligados a la verdadera existencia comunitaria, empíricamente reconocidos en la vida diaria de los hombres y mujeres (Le Play, 1855: 283-284).

En segundo lugar, su propuesta atendía a la *revolución social*. Su reforma contrarrevolucionaria se fundaba en la observación minuciosa de los hechos y no en propuestas idealistas. Se alejaba así de la pléyade antiestatista de los mal llamados “socialistas utópicos”, de la organización industrial de Saint-Simón o de la democracia cooperativista de Louis Blanc (Fernández Riquelme, 2008). No debía de la ucronía tradicionalista ni de la utopía corporativista. Pero también reaccionaba a la extendida *ingeniería social* positivista de Comte, referente de la primera generación de sociólogos. Sus estudios integraban, al contrario, la minuciosidad analítica del funcionalismo de primera hora, pero con la progresiva integración de la realidad vital de los valores tradicionales por antonomasia (familia, orden y propiedad).

Toda su reflexión sociológica tenía, pues, un fin reformista: la paz social. Armonía entre clases, colaboración entre grupos, conciliación de tradición y progreso; éstas eran las notas de una Política social ligada a la realidad cotidiana del ciudadano en busca de su Bienestar material y moral. Inicialmente como reforma moral de los problemas individualistas de su país, y posteriormente como medio de reconstrucción de urgencia nacional ante la crisis militar, política y económica que afectaba a la Francia de la III República tras la derrota ante su nuevo enemigo histórico: Prusia (Le Play, 1876a). La prosperidad futura de su pueblo partía, pues, de una reforma social en Europa y en Francia sobre las *Unions de la paix sociale*, instituciones de colaboración social y económica, empresarial y obrera (Le Play, 1876b).

Así se demuestra en su propuesta reformista, donde la economía social, corporativa y cooperativista, no se ligaba con meras propuesta transformadoras, sino con un horizonte de “*paz social*”. Por ello participó en la fundación de la *Société internationale des études pratiques d'économie sociale et de l'Union de la paix sociale* (1856). Frente a la que consideraba como “*abstracción teórica*” de la primera sociología (positivismo, escepticismo, darwinismo social) apostó por un modelo concreto, sistemático ligado a la realidad social “verdadera”: la familia

como célula social básica de estudio y núcleo de toda intervención reformista de la Política social. Una de sus obras marcaba esta preocupación y esta metodología: *Instruction sur la méthode d'observation dite des monographies de familles* (1862).

Método de estudio y propuesta de reforma. La *Paz social* necesitaba del análisis y de la intervención; pero no sobre esquemas individualistas (liberales o colectivistas), sino de los cuerpos intermedios que organizaban naturalmente la convivencia. Las corporaciones profesionales (obreras y artesanas) y las familias se situaban en el centro de la observación y de la acción, como células sociales básicas. Sobre el estudio de casos particulares empezó a encontrar las soluciones para una correcta *Organisation du travail* en la costumbre comunitaria y corporativa y en la misma tradición religiosa (*Décalogue*); la observación de las actitudes morales ante el trabajo, la distinción entre el bien y el mal de patronos y obreros, podían ayudar a descifrar las causas de la pobreza y la injusticia, y señalar la necesidad de la reforma, sus objetivos y responsabilidades, las dificultades y soluciones (Le Play, 1870).

La Reforma social partía de la Familia: era la unidad social clave para comprender, cualitativa y cuantitativamente, los hechos sociales, y para comenzar la reforma de la vida colectiva. Solo la Familia aseguraba los medios de subsistencia para sus individuos mediante el trabajo, determinado por las condiciones geográficas. La ecología humana aunaba en el estudio y la intervención la relación entre la familia, el trabajo y la región. Por ello, si los cambios (la evolución y el progreso) no respetaban esa vinculación natural, devenían en mutaciones problemáticas, de carácter cíclico: sencillez, complicación, corrupción, y finalmente reforma o ruina. Una tendencia propia de pueblos no civilizados, que afectaba a los pueblos desarrollados si no eran capaces de respetar las razones de la tradición, las costumbres nacionales. Así, en la fase clave de declinación de los cambios, había dos opciones: la prosperidad de la reforma o el sufrimiento de la revolución.

Al final de camino Le Play argumentó claramente, quizás para la posteridad, “*un orden social esencial*” fundado en la religión, la autoridad paterna y la soberanía. Así lo propuso en *La constitution essentielle de l'humanité* (1881), donde estas primeras verdades humanas eran los requisitos para mantener una comunidad próspera y en paz. El progreso de la civilización occidental había residido en el respeto de estos principios, y las sociedades complejas solo podrían mantener su nivel de desarrollo social si eran capaces de vincularlo a la citada “*constitución esencial de la humanidad*”. Esta constitución, de naturaleza organicista, se refería a un sistema de instituciones, ideas y costumbres que ligaban al hombre con su

pasado (respetar la ley natural), le preparaban para el presente (asegurar el pan cotidiano) y le aseguraban el futuro (fomentar la propiedad) (Le Play, 1881: 12, 83-90).

El modelo estaba ya definido: dicha constitución se concretaba en una modalidad reformista de la Política social, destinada a combatir la decadencia nacional y fomentar la prosperidad (Amaya, 2011). En lo económico aspiraba a una *Économie sociale* profundamente humana, tomando como referente las formas de producción tradicionales de cooperativas y gremios, de empresas familiares y artesanales (Le Play, 1891). En lo laboral auspiciaba una nueva organización del trabajo, ligada a las enseñanzas de León XII, bajo formas corporativas de colaboración entre obreros y patronos (Le Play 1890). En lo social defendía, frente a las recurrentes propuestas colectivistas (del llamando socialismo utópico) o la monopolización de facto de las grandes propiedades (liberalismo doctrinario), tres formas de propiedad para el obrero: el patronazgo, la comunidad y la propiedad individual. Y en lo moral, fortaleciendo las costumbres regionales y locales para eliminar la corrupción burocrática, proteger a la Familia recuperando la moralidad pública y el papel central del cabeza de familia, bajo el ascendiente moral de la Ley natural.

Cada reforma social aplicada debía respetar los valores morales nacionales, adaptando las innovaciones técnicas a los modos de trabajar y buscar relaciones mutuas armónicas, siempre en función del contexto geográfico y climático, los recursos naturales y el crecimiento demográfico. Así señaló, y comparó, tres fases de desarrollo en la Humanidad: la “*edad de los pastos*”, la “*edad de las máquinas*” y “*edad del carbón*” (Le Play, 1881: 55-58). Frente a la simplicidad de la primera fase, y la creciente complejidad de la segunda, la “*edad del carbón*” anunciaba una complejidad social sin parangón en la historia de la Humanidad; una etapa donde se demostraba el creciente poder del hombre sobre la naturaleza y la suficiencia económica (cuando no abundancia), hacia una “*felicidad social*” fundada en la estabilidad de la familia (Le Play 1881: 55-58).

Pero en un momento histórico, este equilibrio comenzaba a ser cuestionado. El progreso derivaba en una complejidad individualista, la tradición se ponía en tela de juicio, y la competencia entre grupos por el poder se sucedía. La sociedad avanzada históricamente entraba en una época de crisis cuando el aumento de la libertad individual conllevaba el crecimiento de una nueva moralidad individual que superaba los medios de control social, y donde los valores individuales reemplazaban a los colectivos (Garrigós, 2003b). Nacía la “*anomía moral*” que hizo famoso a Durkheim.

La aplicación de este sistema también se encontraba definida. Su sistema de organización social partía, en primer lugar, de la Corporación. El moderno sistema industrial había convertido a los nuevos obreros en individuos aislados, los “*nuevos nómadas*” sin familia o con familias en continuo riesgo de marginación e inestabilidad. Un ser dependiente del capital, del empresario, del Estado; su tradicional relación vital y primordial con su familia, con su comunidad, con su entorno natural se había quebrado. Nuevas formas de relación e identidad que separaba la vida económica de la moral; el trabajador dependiente se convertía en la imagen por antonomasia de este tiempo histórico. Frente a esta situación de emergencia social (el *problema social*) y ante la crisis simbólica y real de las formas tradicionales de solidaridad, los trabajadores fueron creando las primeras formas sindicales y mutualistas de organización, representación y presión.

Entre ellas, Le Play apostó por el modelo armónico de las *corporations*, o corporaciones que recuperaban el espíritu solidario y proyectos de las viejas *communautés*, o comunidades en trance de desaparición. Unas corporaciones que pretendían organizar el trabajo moderno a partir de la tradicional colaboración solidaria entre patronos y obreros, mediante la regulación jerárquica de la producción, sistemas internos de ayuda mutua, el respeto de los deberes recíprocos, y la identificación común de objetivos y costumbres. Mediante estas formas, y sus acuerdos institucionales, se podrían superar los problemas de desempleo, alcanzar la estabilidad de los salarios, y usar responsablemente los recursos naturales. Las corporaciones, frente al mero trabajo asalariado (relación contractual temporal con el empleador) permitían, empíricamente, mayor estabilidad laboral y una más amplia capacidad de ahorro (relación contractual voluntaria y permanente). No garantizaba la tan proclamada independencia socio-laboral, sino fundamentalmente los beneficios de la solidaridad para el trabajador y el respeto de las virtudes morales para la comunidad. Permitían enseñar a usar la creciente libertad en beneficio del Bien común, al ligarse con los principios morales de autoridad, jerarquía y responsabilidad que la historia demostraba como claves para el progreso.

Este sistema, en segundo lugar, necesitaba de una Familia protegida y reconocida. La libertad individual sin límite moral alguno llevaba a la desestabilización de esta institución secular, y los contratos temporales impedían la seguridad económica de la misma. La Familia debía ser, de nuevo, el elemento central de la jerarquía social, siempre que volviese a estar dotada de las cualidades morales de antaño que aseguraron su éxito en el proceso histórico hacia la prosperidad social. Aquellas

Familias que las recuperaron o aseguraron, que las consiguieron y consiguen, pudieron adaptarse a los nuevos movimientos sociales y económicos (Le Play, 1855, p. 17-18).

La independencia y el aislamiento habían llevado a muchas de estas familias a la miseria o la ruptura; pero participar en la cooperación y mantener los valores fuertes demostraban una y otra vez la posibilidad de dicha prosperidad. Familias fuertes y comprometidas, con espíritu religioso y fortaleza moral, aseguraban la educación de los hijos, la previsión ante las enfermedades y los infortunios, la protección de los ancianos. Para ello había que respetar la libertad educativa y formativa de los padres, y reconocer la capacidad de los mismos para legar libremente su propiedad (pudiendo dejar al hijo que considerase mejor cualificado la administración completa de la propiedad familiar, lo que permitía la estabilidad común y el crecimiento de las posibilidades familiares); es decir, había que recuperar la importancia de la autoridad paterna ante el Mercado (contrato) y el Estado (intervención) (Le Play, 1855:286).

La Corporación y la Familia eran los pilares de la *Reforma social* de Le Play. Pilares contrarrevolucionarios ante el movimiento histórico contemporáneo ligado al crecimiento de la libertad individual y su repercusión en la configuración de la organización social; éste era el signo de los tiempos que vivía Le Play y que debía, como científico, comprender. Por ello elaboró el primer método de análisis sistemático en el campo de la nascente ciencia social, fundado en la observación de la realidad, y en la comparación espacio-temporal (*Les ouvriers européens*); y el primer paradigma interpretativo concreto (*La Réforme sociale*), destinado a la labor política, y orientado a soluciones prácticas de paz y orden social.

Su orden social estaba, al final del camino, meridianamente claro. Una “comunidad nacional próspera”, donde reinara la paz y la armonía, que deseara y respetara el orden tradicional fundado en la ley moral. El reinado de Enrique IV era un ejemplo histórico de la prosperidad de dicho orden, frente a otros reinados que llevaron a las revoluciones y a ciertas elites que promovían los “*falsos dogmas de la Revolución*”, ante el fracaso de su propia doctrina (Garrigós, 2003b).

Había que comprender el pasado para comprender el presente, y viceversa. Para ello comparaba países y épocas, y estudiaba sus ciclos de crecimiento y caída, que se daban en todo tiempo y en todo lugar; por ello, el cambio social venía ligado, como fenómeno histórico, a la dialéctica libertad-ley moral, y a los posibles efectos corruptores del *libre albedrío* (corrupción, injusticia, desigualdad, decadencia y

sufrimiento). Para Le Play la historia de la humanidad evidenciaba la tendencia alterna de fases de crecimiento y crisis, desde el culmen del desarrollo hasta la decadencia civilizatoria; el filósofo italiano Giambattista Vico [1668-1744] se lo enseñaba. Fases que se daban en función de la intervención divina, la acción de las fuerzas de la naturaleza y, sobre todo, la libre elección humana. El destino parecía claro, pero una serie de signos recogidos empíricamente, demostraban la posibilidad de recuperación:

- La observación de los preceptos del Decálogo,
- La limitación el uso de la fuerza,
- Esfuerzo y sufrimiento colectivo,
- El respeto a las tradiciones nacionales,
- Una amplia y reconocida tolerancia religiosa,
- La estabilidad de la familia, de los “hogares domésticos”,
- El reconocimiento de la competencia de los gremios (de los “talleres de trabajo”),
- La transmisión integral de la propiedad (recociendo las ventajas de esta realidad anglosajona),
- El fomento del valor del ahorro, del trabajo duro, de la autoridad familiar, del esfuerzo personal,
- El respeto a la autoridad pública y a “los padres de familia”,
- La más amplia esfera de la vida privada,
- La limitación de la corrupción,
- Una burocracia mínima y eficiente,
- Una amplia descentralización política,
- El nivel de centralización política (Le Play, 1881: 125, 136, 148, 286).

Al final del camino, su propuesta reformista se vinculó decisivamente con la doctrina social católica. Para Goyau, la raigambre cristiana de su doctrina social, centrada en la paz y prosperidad colectiva, partía de una serie de instituciones esenciales:

1. La observancia del *Decálogo*.
2. La libertad religiosa y su presencia pública.
3. La libertad testamentaria y la transmisión íntegra de la herencia,
4. La penalización de la seducción y la investigación de la paternidad.
5. La responsabilidad estatal en la protección social.
6. La libertad educativa.
7. La descentralización en el Estado (Goyau, 1911).

Su influencia fue amplia, y en algunos casos, decisiva. Lo fue, en primer lugar, en la obra de los promotores del catolicismo social francés, en concreto dentro del proyecto *Œuvre des cercles catholiques ouvrier* (1870) de Albert de Mun y La Tour du Pin. En segundo lugar, es fundamental su guía en el movimiento corporativista de los años del *Interbellum* en España⁴, Portugal, Italia y Francia. Igualmente, en tercer lugar, destacó en el mundo anglosajón con el movimiento de Oxford por su defensa de la libertad de instrucción, en colaboración con George Mivart o Lord Rosebery (Goyau, 1911).

Bibliografía

AMAYA GALVÁN, María del Carmen (2011), "Social Policy/Économie Sociale et Solidaire and History, with special reference to XIXth century French and Belgian doctrine. Part One: Continental Europe". *Revista Crítica de la Historia de las Relaciones Laborales y de la Política Social* 3: 58.

ARNAULT, Françoise (1985). "Le Play en 1848: trois récits". *Mouvement social* 133: 35-52

RODRIGUES BOTELHO, T. (2002), "A família na obra de Frédéric Le Play". En *Dados* 45/3: 513-544.

FERNÁNDEZ RIQUELME, S. (2007). "La tradición corporativa en Francia". *La Razón histórica* 1: 68-76.

⁴ Sobre la influencia tardía, e inicialmente limitada, de Le Play en España, en especial sobre el trabajo de Severino Aznar, véase el estudio pormenorizado de Garayo (2001).

(2008), "Sobre los orígenes de la Democracia social: Henri de Saint-Simon y Louis Blanc. Corporativismo y política social en el siglo XIX". *Anales de Historia contemporánea* 25: 389-406.

GARAYO URRUELA, Jesús María (2001), "La recuperación de Frédéric Le Play". *Reis* 93: 27-60

GARRIGÓS MONERRIS, José Ignacio (2002a): Pierre-Guillaume-Frédéric le Play (1806-1882): biografía intelectual, metodología e investigaciones sociológicas. Alicante: Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

(2002b), "Frédéric Le Play o la construcción de un método para las Ciencias Sociales". *Barataria: revista castellano-manchega de ciencias sociales* 5: 180- 194.

(2003a), "Frédéric Le Play y su círculo de reforma social". *Papers: revista de sociología*, 69: 133-146.

(2003b), Frédéric Le Play: biografía intelectual, metodología e investigaciones sociológicas. Madrid: Siglo XXI de España.

GOLDTHORPE, J. H. (2010), *De la sociología: números, narrativas e integración de la investigación*. Madrid: CIS.

GOYAU, G. (1911), "Pierre-Guillaume-Frédéric Le Play". En *The Catholic Encyclopedia*. New York: Robert Appleton Company. Retrieved April 24, 2013 from New Advent: <http://www.newadvent.org/cathen/12162a.htm>.

GRAVAGNUOLO, B. (1998), *Historia del urbanismo en Europa. 1750-1960*. Madrid: Akal.

HONDERICH, T. (1993), *El conservadurismo: un análisis de la tradición anglosajona*. Madrid: Península.

JOBIT, Pierre (1944), "La cuestión social y el pensamiento cristiano en Francia desde 1850 hasta nuestros días: desde Le Play hasta Paul Bureau". *Moneda y crédito* 10: 9-17

LE PLAY, Frédéric (1834), *Observations sur l'histoire naturelle et la richesse minérale de l'Espagne*. Paris: Carilian-Goeury et V. Dalmont, 1834.

(1855), *Ouvriers européens. Études sur les travaux, la vie domestique et la condition morale des populations ouvrières de l'Europe, précédée d'un exposé de la méthode d'observations*. Paris: Imprimerie impériale (segunda edición 1877-1879).

(1857), *Paysans en communauté du Lavedan (Hautes-Pyrénées, France). Propriétaires-ouvriers dans le système du travail sans engagements, d'après les*

renseignements recueillis sur les lieux en août 1856 par M. F. Le Play. Paris: Société internationale.

(1958), Ferblantier, couvreur et vitrier d'Aix-les-Bains (Savoie, États sardes). Ouvrier chef de métier et subsidiairement journalier, tâcheron et ouvrier tenancier dans le système du travail sans engagements, d'après les renseignements recueillis sur les lieux, en août 1857. Paris: Société internationale.

(1862), Instruction sur la méthode d'observation dite des monographies de familles, propre à l'ouvrage intitulé Les ouvriers européens. Paris: Société d'économie sociale.

(1864), La Réforme sociale en France déduite de l'observation comparée des peuples européens, Commissaire général aux Expositions universelles de 1855 et 1862. Paris: Henri Plon.

(1870), L'Organisation du travail selon la coutume des ateliers et la loi du Décalogue. Avec un précis d'observations comparées sur la distinction du bien et du mal dans le régime du travail, les causes du mal actuel et les moyens de réforme, les objectifs et les réponses, les difficultés et les solutions. Tours: Alfred Mame et fils.

(1871), L'Organisation de la famille selon le vrai modèle signalé par l'histoire de toutes les races et de tous les temps. Paris: Téqui.

(1875a), La Constitution de l'Angleterre considérée dans ses rapports avec la loi de Dieu et les coutumes de la paix sociale, précédée d'aperçus sommaires sur la nature du sol et l'histoire de la race. Tours: Alfred Mame et fils.

(1875b), La Méthode expérimentale et la loi divine (Lettre de M. P. Prédié et réponse de M. F. Le Play). Tours: Alfred Mame et fils.

(1876a), La Paix sociale après le désastre selon la pratique des peuples prospères, réponse du 1^{er} juin 1871 aux questions reçues par l'auteur, entre le 4 septembre 1870 et le 31 mai 1871. Tours: Alfred Mame et fils.

(1876b), La Réforme en Europe et le salut en France. Le programme des Unions de la paix sociale (introduction de M. H. A. Munro Butler Johnstone). Tours: A. Mame et fils.

(1878), L'Erreur sous l'ancien régime: le retour à la vérité et la réforme. Tours: Alfred Mame et fils.

(1879), La Méthode sociale. Abrégé des Ouvriers européens. Tours: Alfred Mame et fils.

(1881a), *La Constitution essentielle de l'humanité. Exposé des principes et des coutumes qui créent la prospérité ou la souffrance des nations*. Tours: Alfred Mame et fils.

(1881b), *L'École de la paix sociale, son histoire, sa méthode et sa doctrine*: Tours: Alfred Mame et fils.

(1890), *L'Organisation du travail et le mouvement social contemporain, précédé d'un avant-propos sur le pape Léon XIII et la question sociale*, par M. Claudio Jannet, Congrès de la Société d'économie sociale. Paris: Secrétariat de la Société d'économie sociale.

(1891), *Économie sociale*. Paris, Guillaumin.

(2006), "Consideraciones generales sobre la estadística". *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas* 115: 335-348 (traducción de José Ignacio Garrigós).

LE PLAY, F. y FOCILLON, A. (1857), *Les Ouvriers des deux mondes. Charpentier de Paris (Seine, France), de la corporation des compagnons du devoir (journalier dans le système des engagements momentanés), d'après les renseignements recueillis sur les lieux en avril et mai 1856, t. 1*. Paris: Société internationale.

LE PLAY, F., SIERRA, J.; y DOMINGUEZ, R. (1990), *Campesinos y pescadores del norte de España: tres monografías de familias trabajadoras a mediados del siglo XIX*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.